

AZUL VERMEER

MAR MELLA



En 1677, poco después de declarar bancarrota, la viuda de Johannes Vermeer entrega el último cuadro que conserva a un panadero del barrio católico de Delft. Así queda saldada una deuda contraída a lo largo de más de dos años. Tiempos difíciles para una familia numerosa en un país asolado por los conflictos bélicos y una profunda depresión económica. En tiempos actuales Marta Miralles acepta el encargo de restaurar un lienzo flamenco. Un cuadro que ha pertenecido a la colección privada de Emilia Medraño, esposa del propietario de la casa de subastas más antigua de Madrid y dueña de un taller de restauración donde la propia Marta inició su carrera profesional. Un reencuentro con la familia sobre la que todavía planea la sombra de una traición que parecía haber quedado enterrada en el pasado. Un vínculo que el destino se ha empeñado en rescatar del olvido.

BLANCO DE PLOMO

Johannes

Maria Thins se echó a un lado cuando el mozo bajó por las escaleras con el lienzo y se metió en el comedor para permitirle maniobrar en el rellano. Dirigía la operación con su habitual diligencia, aunque sus órdenes, secas y directas, contrastaban con la tristeza de su mirada. Apenas habían pasado unos meses desde la muerte de Johannes y, sin embargo, solo ella parecía sentir la marcha de su yerno con la misma fuerza. Los niños habían sido los primeros en volver a su rutina, tan pronto como la procesión emprendió el camino de regreso del cementerio. A veces se preguntaba si, con esa misma rapidez, relegarían al olvido su propio recuerdo. Hacía semanas que casi no le nombraban y cuando lo hacían era porque, distraídos en sus juegos, olvidaban su falta y temían que sus voces llegasen hasta el estudio.

Tampoco Catharina, su distante hija, parecía sumida en una honda pena. Sin permitir que la marcha de su esposo nublaste su mirada, continuaba dedicándose con ahínco a sus quehaceres diarios. Maria Thins solía contemplarla cuando llegaba la noche y se recostaba en la butaca más cercana a la vieja chimenea. Quizá esa aparente incapacidad para el duelo se debiera a su perenne cansancio, o tal vez la preocupación por el futuro le impidiera dejarse llevar por sus sentimientos. Nunca lo sabría porque Catharina rara vez desperdiciaba su tiempo conversando. A menudo la observaba mientras cosía o zurcía y adivinaba por su gesto fruncido y la tensión de su boca los oscuros pensamientos

que recorrían su mente. Se la imaginaba recriminándole, como nunca se había atrevido a hacer en vida. Instigándole a que pintara más rápido y no perdiera el tiempo ocupándose de detalles que ella consideraba inútiles y que, sin embargo, a Johannes parecían obsesionarle. Catharina siempre había odiado la meticulosidad con la que él pasaba horas cambiando cada objeto de sitio, una y mil veces, en busca de la composición perfecta. Detestaba esa ridícula obstinación que le hacía sonreír satisfecho cuando, tras alejarse unos pasos, contemplaba el resultado de su insistencia, iluminado por un haz de luz que solo él parecía capaz de apreciar.

Por eso llevaba semanas temiendo escuchar las amargas palabras que su hija pronunciaría con un tono más cercano a la venganza que a la desesperación. Y sabía que, cuando las oyese, volvería a desear haberse marchado antes que su yerno. Ella mantenía su recuerdo vivo, cada segundo del día. Cuando se apresuraba a levantarse por la mañana, aunque ya no fuera necesario azuzar a la criada para que arreglara el estudio antes de que él subiera a pintar; cuando se sentaba en el comedor de cristales emplomados, esperando que su voz resonara al relatar sus problemas al frente de la Cofradía de San Lucas; o cuando, tras el almuerzo, creía escuchar sus pasos en el rellano. Volvía a imaginarle subiendo lentamente las escaleras y encerrándose en su estudio, mientras ella se quedaba adormecida en el cuarto de al lado, acunada por el suave sonido de la moleta con la que él preparaba las pinturas hasta convertirlas en un polvo de sutil textura y asombroso colorido.

—El panadero no nos fiará más —dijo Catharina con aplomo, sin levantar la mirada del cuello de encaje que zurcía—. Ha accedido a llevarse el cuadro que queda en el estudio para terminar de saldar nuestra cuenta. Llevamos casi dos años sin pagarle y sabe que cuanto más tiempo deje pasar, más difícil tendrá el cobrarlo.

—¿No podías haber buscado otra solución? —La boca de su madre se contrajo en una mueca—. Ya le has entregado un cuadro y sabes que ese lienzo era uno de sus favoritos. Él habría hecho cualquier cosa antes de verlo colgado en la pared del salón de un...

—Si hubiera hecho lo suficiente —interrumpió Catharina con resentimiento—, no me vería obligada a tener que hacerlo yo ahora. ¿Sabe cuánto debemos, madre?

—No —admitió Maria Thins—, pero me parece excesivo que se te ocurra darle un cuadro de Johannes a cambio de unas hogazas de pan... Estoy segura de que encontraremos algo en la casa que podamos vender. Cualquier cosa, antes que deshacernos de ese lienzo. ¿Todavía conservas los collares que te regaló cuando nació Ignatius?

—Claro que los tengo y no los vendería por nada del mundo. Es lo único que conservo de él que tiene un verdadero significado para mí.

—¿Más que su propia obra? —le recriminó su madre, asegurándose de que su tono reflejara toda su desaprobación.

—Mucho más —confesó Catharina sin dejarse abatir—. Ese collar lo diseñó y encargó él personalmente. Me lo puso alrededor del cuello, con una sonrisa que no se borraba de sus labios desde que supo que el recién nacido era varón. Fue un regalo dedicado a mí, solo a mí... ¿Cree que podría preferir un cuadro que pintó mirando a alguien que no era yo, y que ni siquiera se molestaba en enseñarme?

—Nunca le entendiste —replicó Maria Thins con tono amargo—. Siempre pensaste que su genio era lo que le separaba de ti, pero eso solo lo lograba tu ignorancia. ¿A cuánto asciende la deuda?

—Olvidelo, madre. Es muchísimo dinero y no le queda nada por vender, salvo esta casa... Y ya me dirá qué haríamos entonces. Si todavía dispusiéramos de las rentas de las tierras heredadas en los pólders, todo sería diferente.

—Podrías intentar retomar el negocio de Johannes. Al fin y al cabo, a él no le iba tan mal.

—¡Madre, por Dios! Sabe muy bien que estos no son tiempos para marchantes de arte. Además, ¿quién se ocuparía del negocio? ¿Usted, a sus años... o quizá yo, en los ratos que logre sacar después de ocuparme de llevar esta casa y atender a los niños? No se moleste, es inútil. De todas formas, ya está todo decidido y arreglado. Mañana pasarán a por él. Deje de darle vueltas y suba a descansar —sugirió Catharina advirtiendo el profundo abatimiento que reflejaba el rostro de la anciana—. Le diré a alguna de las niñas que prepare un poco de vino caliente y se lo lleve arriba.

—Sí, será mejor que me retire —susurró Maria Thins mientras se apoyaba en sus rodillas deformes para ponerse en pie—. Mañana estaré preparada temprano, por si me necesitas...

¡Cuántas veces había pasado por el ritual de entrega de alguno de sus cuadros y qué sensación tan diferente le invadía ahora! Esa obra era la última que conservaban y la única que él siempre se negó a poner a la venta porque nunca la consideró terminada. Además, esta vez él no estaría allí para agasajar a sus compradores con vino especiado; no les propondría subir al estudio para mostrar orgulloso su obra, ni esbozaría nuevas ideas sobre el próximo encargo. No habría más cuadros. No le oiría trastear en la buhardilla haciendo pruebas o en el estudio abriendo y cerrando postigos hasta dar con la luz adecuada. Ya no conversarían hasta bien entrada la noche, ni nadie le hablaría sobre la cofradía o el trabajo de los artesanos. Ya no se adivinaría el dulce olor del aceite de linaza impregnando el aire o el del penetrante barniz, mientras secaba y tensaba sus lienzos. Ahora estaba sola. Sola con su hija y su mirada y conversación vacías. Sola con sus once nietos trajinando por la casa, ensuciando y rompiéndolo todo. Sola con el aséptico olor a jabón que inundaba cada estancia y con el que todos

parecían empeñados en borrar cualquier recuerdo de Johannes. Estaba cansada. Cansada y sola.

La campana de la entrada sacudió los muros de la casa, apenas asomó la mañana y sintió cómo su corazón se encogía en una angustiada convulsión. Todos desayunaban cuando la voz ronca y tímida del mozo llegó hasta el comedor y Catharina se levantó con intención de mostrarle el camino, pero se sentó de nuevo cuando su madre le indicó, con una fría mirada, que ella se encargaría. Se puso en pie despacio y se dirigió a la entrada, con paso firme y aire ausente. Hizo una seña al mozo para que la siguiera, sin molestarse en responder a su torpe saludo, y comenzó el ascenso hacia el estudio donde el último pedazo del alma de su yerno se perdería, convirtiendo la habitación en una oscura estancia sin nada que recordar ni admirar. Cogió una pesada tela y el ovillo de cordel que siempre guardaban en una de las cómodas y cubrió el lienzo delicadamente, tras echarle una última mirada. Ajustó con un par de nudos la cuerda que lo sujetaba, se separó unos pasos para asegurarse de que todas las esquinas quedaban protegidas y solo entonces se echó a un lado y permitió que el muchacho se hiciese cargo del cuadro. Él lo tomó entre las manos, con gesto indeciso y ademanes torpes, y salió de la habitación sintiendo cómo la mirada de la dama, clavada en su espalda, vigilaba cada uno de sus movimientos.

Catharina esperaba en el descansillo y apretó suavemente su brazo cuando la anciana llegó a su lado, aunque ni siquiera esa breve caricia logró hacerle apartar la mirada de la puerta que acababa de cerrarse con un golpe sordo. Sin inmutarse, esperó a que su hija terminara por impacientarse y se precipitara a la cocina, antes de decidir subir de nuevo las escaleras y encerrarse en el estudio. Ajustó con delicadeza todos los postigos, se aseguró de que los cajones de cada cómoda quedaran cerrados y tapó con telas los caballetes y la ajada mesa de mezclas. Cuando estuvo

satisfecha, cerró la puerta y buscó la llave en uno de los bolsillos de su delantal; dio dos rápidas vueltas a la cerradura. Retuvo el llavín en sus manos, sintiendo cómo el frío del metal traspasaba su piel e invadía todo su cuerpo. Se sentía exhausta. Aun así, recorrió con determinación los escasos metros que la separaban de su propio cuarto, con la única misión de guardar la llave en el fondo del antiguo joyero que adornaba su cómoda. Quizá así ella también sería capaz de olvidar. Sin embargo, su mano se mantuvo inmóvil. Incapaz de desprenderse del ínfimo peso de aquel metal, transformado de pronto en una enorme losa. Aferrada a ella, se tendió en la cama. Distinguía con claridad las voces de los niños que jugaban en el patio y cómo la criada renegaba en el primer piso. No obstante, no tardó en dejarse llevar por una dulce somnolencia. Cuando despertó, la fuerza de su pena la golpeó con más dureza. Ya no había esperanza. No quedaba nada. Johannes Vermeer se había marchado de su lado para siempre.

«If you have built castles in the air, your work need not be lost, that is where they should be. Now put the foundations under them.»

Si has construido castillos en el aire, no has perdido el tiempo, es allí donde deberían estar. Ahora coloca los cimientos debajo de ellos.

GEORGE BERNARD SHAW

Para mis padres, Alberto y Carmina, que
apuntalaron los cimientos de mis sueños con su
apoyo incondicional, y para Emmanuel, que
creyó y confió en lo increíble...

«¿Qué sería de la vida si no tuviéramos el valor de hacer algo nuevo?»

VINCENT VAN GOGH
(Zundert, Países Bajos, 1853
—Auvers-sur-Oise, Francia, 1890)

1

El agua salía fría, como todas las mañanas, pero ya llegaba tarde y no podía esperar a que la caldera la templase. Conteniendo la respiración, se metió bajo la ducha y se enjabonó sin apenas dar tiempo a que el escuálido hilillo que salía del grifo la salpicara. Marta Miralles era la única inquilina del edificio que continuaba en edad de trabajar. El resto de los pisos los ocupaban matrimonios mayores, ya retirados, para los que esperar un buen rato hasta llenar la bañera contribuía a ocupar el tedioso vacío de sus mañanas. Por la noche, sin embargo, mientras sus vecinos dormitaban en un sillón frente a la tele, ella aprovechaba para darse un baño bien caliente, con el que trataba de compensar la ducha veloz de primera hora.

Las cortinas del dormitorio seguían corridas y el cuarto estaba oscuro. Aun así, sintió cómo el rastro de pequeñas gotas que iba dejando a su paso se estrellaban contra la moqueta. Ese era el único momento del día en el que no renegaba de la alfombra que recubría el dormitorio. ¿Cuánto tiempo llevaba pensando en sustituirla? ¿Cuántos presupuestos distintos había pedido ya? Todas las tardes volvía a pensar en ello convencida de que tan pronto como tuviera un poco de tiempo libre llamaría al contratista, movería sus cosas al piso de abajo y esperaría allí a que arrancaran la moqueta, lijaran la madera que asomaba bajo ella y la barnizaran hasta devolver la vida al parqué original. El antiguo suelo había aparecido por casualidad, cuando tropezó con una esquina de la moqueta levantada por la humedad. Suponía que cuando los anteriores inquilinos reformaron el ático, muchos años antes, la moqueta de color blanco y pelo largo había sido la opción más moderna para la época. Sin embargo, ahora resultaba sucia e incómoda. Detestaba ese tacto acrílico que le llegaba hasta el cerebro desde la

planta de los pies y el olor a polvo y humedad que llevaba décadas atrapado entre sus fibras. Una nube de silencio que se empeñaba en envolver y amortiguar cada uno de sus pasos.

La ropa esperaba lista en la butaca del rincón desde la noche anterior y se recriminó de nuevo el haberse dejado llevar por ese gesto de anticipación. Hacía tiempo que no tenía esa sensación de angustia e impaciencia y se sentía torpe y nerviosa, como si necesitara concentrarse en dedicar toda su atención a cada movimiento.

La escalera de caracol que comunicaba con el piso inferior tembló bajo su trote. El olor a barniz y disolvente la asaltó como un puñetazo y arrugó la nariz mientras se acercaba a la ventana y abría sus dos hojas de par en par. Hacía mucho frío. Llevaba lloviendo varios días y una nube de humedad ascendió desde la calle inundando toda la sala. Ese era uno de los muchos inconvenientes de tener el taller en casa. Por mucho que intentara separar el trabajo de su vida diaria, los dos acababan por fundirse. Los pinceles se secaban al lado de la vajilla; sus cuadernos de apuntes se mezclaban con los libros de la mesilla de noche y, cada vez más a menudo, aprovechaba sus frecuentes insomnios y su escasa vida social para adelantar trabajos, preparar presupuestos o actualizar sus libros de cuentas.

El taller había tardado muy poco en despegar. Ahora, poco más de medio año después, su agenda se cerraba con un par de meses de antelación y muchos museos y casas de subastas contaban con ella como consultora externa. Su maestro, Ruud Smits, era el culpable de ese éxito. Él había insistido para que no aceptara ninguna de las ofertas que los museos se apresuraron a hacerle nada más regresar a España. «El único modo de asegurar tu talento es mantener tu independencia —solía repetir el viejo con su voz áspera y profunda—. No se puede llegar a ser brillante siguiendo la estela de otros. Nunca aceptes presiones de nadie, ni sugerencias», insistía mientras se negaba a aconse-

jarle, una vez más, sobre cómo orientar algún trabajo. «Sigue tus instintos y arriégate. Sabes que con la experiencia con la que cuentas, esos errores apenas serán perceptibles y el resultado seguirá siendo aceptable. Pero si te mantienes verdaderamente fiel a tus criterios, estarás mucho más cerca de conseguir que tu trabajo roce la perfección.»

Preparó café y se dirigió hacia el taller, abrazando con sus manos la taza humeante. Sin embargo, no hizo ademán de entrar y se quedó apoyada en el quicio de la puerta. Solo quería echarle un rápido vistazo al lienzo en el que había estado trabajando hasta bien entrada la madrugada. La última capa de pintura debía de estar casi seca y ya revelaría su color definitivo. Su curiosidad hizo que se aproximara unos pasos y volviera a estudiarlo con más detenimiento, ahora algo más inquieta. «No tienes tiempo para esto», murmuró obligándose a apartar la mirada. Le encantaba ese cuadro, pero no lograba sacudirse el miedo que la invadía cada vez que se acercaba a él. Ese miedo que conseguía secarle la garganta y la obligaba a contener la respiración. Siempre sentía inquietud cuando empezaba a estudiar una obra, pero sus temores solían desvanecerse cuando se enfundaba los guantes y comenzaba a trabajar. Sin embargo, el Van Eyck se le había atravesado desde el principio y ella parecía transmitir ese recelo en cada pincelada. Bebió el resto de café de un solo trago y terminó de meter algunos papeles en la cartera de mano. Por el ruido que llegaba de la calle imaginó que el tráfico se estaba haciendo cada vez más denso y corrió para terminar de arreglarse y salir de casa.

Sentía una mezcla de ansiedad y miedo por saber cómo se desarrollaría la reunión que había concertado a primera hora de la mañana. Quizá fuera esa sensación de sorpresa e incertidumbre lo que la había empujado a romper su propia regla de no «colar» nunca a ningún cliente en su estudiado calendario. Esta vez, incluso había accedido a posponer el viaje que tenía previsto para esa misma mañana. La secreta-

ria de la sala de subastas que había contactado con ella había sido tan insistente que Marta había acabado por rendirse. Desde entonces, no había dejado de hacer conjeturas. Sabía que la casa de subastas de Miguel Medraño tenía su propio taller de restauración y que nunca solicitaban los servicios de un externo, ni siquiera para consultas puntuales. ¿Por qué ella? ¿Por qué ahora? ¿Por qué Emilia Medraño iba a rebajarse a pedir la opinión de una antigua aprendiz? Llevaba días sin parar de darle vueltas y cada vez se le hacía más difícil intuir el motivo de su llamada.

Marta conocía personalmente a Emilia Medraño, aunque hacía mucho tiempo que había perdido todo contacto con ella o con su familia. Tanto que ni siquiera sabía si seguiría en activo. Unos diez años atrás, cuando fue admitida como aprendiz en su taller, la directora ya se ocupaba personalmente de escasos trabajos. Sin embargo, le costaba imaginarla jubilada y ociosa. Ese tipo de personas, autoritarias y enérgicas, no solían resignarse a pasar sus días sin hacer nada y, sobre todo, no solían renunciar a manejar con hilos de acero la vida de todos los que las rodeaban, ya fueran familiares, amigos o empleados.

El oscuro garaje de su edificio estaba desierto a esa hora y Marta esperó unos minutos a que el motor de su coche se calentara. El aire se congelaba en su garganta y giró la rueda para conectar la calefacción, que rechinó sin llegar a ponerse en movimiento. Rara vez funcionaba y, sin embargo, todos los días se empeñaba en probarla. Esa era una de sus muchas contradicciones. Contaba con ingresos suficientes para permitirse un buen coche y, aun así, seguía conduciendo la ranchera de tercera o cuarta mano que había comprado nada más regresar a Madrid. No le gustaban los coches nuevos. Habría odiado tener que estar pendiente de cada pequeño golpe en la carrocería. Además, nunca se había sentido atraída por las cosas que «olían a nuevo». Quizá por ello se dedicaba a la restauración. Ese era, probablemente, otro de los motivos por los que su padre, fun-